

## EDITORIAL

# PENSAR LAS CIENCIAS HUMANAS: DE LA MILITANCIA NECESARIA O LA NEUTRALIDAD IMPOSIBLE

## THINKING THE HUMAN SCIENCES: THE NECESSARY MILITANCY OR THE IMPOSSIBLE NEUTRALITY

Ricardo Andrade Rodríguez

Forma de citar este artículo en APA:

Andrade Rodríguez, R. (enero-junio, 2013). Pensar las ciencias humanas: de la militancia necesaria o la neutralidad imposible. [Editorial]. *Revista Colombiana de Ciencias Sociales*, 4(1), 6-10.

Para Elsa Blair (2012), los principales problemas que enfrentamos las ciencias sociales en el contexto actual están relacionados con las bases epistemológicas de estas ciencias y con los procesos por medio de los cuales producen el conocimiento. Como fundamento para tal afirmación toma a Bourdieu, cuando plantea: “Saber que se hace cuando se hace ciencia [...] -y esta es una definición simple de la epistemología- significa saber cómo se constituyeron históricamente los problemas, las herramientas, los métodos, los conceptos que se utilizan” (Pierre Bourdieu, 2003, Citado por Blair, 2012).

Para fortalecer la investigación en Ciencias Sociales, sostiene, hace falta tener en cuenta dos elementos. El primero, acaso más allá del control del común de los investigadores –y por ello mismo altamente preocupante– es el de las políticas nacionales sobre investigación. El segundo, es la necesidad del fortalecimiento de la formación y la calidad del trabajo que los científicos sociales hacen, así como del conocimiento que pueden producir.

El segundo de los problemas tienen la particularidad de mostrar cierta deficiencia que a su modo de ver tienen las ciencias sociales colombianas: no producen generalmente nuevo conocimiento, a lo sumo, generalmente, ejecutan la investigación como una manera de obtener nueva información.

En ese sentido, la interrogación que debe generarse es la del soporte epistemológico de los estudios que se hacen sobre el conflicto social armado colombiano. En última instancia: la posibilidad de producción de un conocimiento epistemológicamente bien soportado en torno a este fenómeno. Del mismo modo, un interrogante por la fundamentación de una ética científicamente fundamentada. Valga decir, un soporte epistemológico de la posición de las actuaciones e intervenciones que desde las ciencias sociales vienen proponiéndose como alternativas para el tratamiento social del conflicto.

Y es que el interrogante que la última parte de la obra de Blair no es otro que el que produce el examen epistemológico de una producción intelectual de más de 20 años. Revisión que la induce a lo que ella misma denomina “una crisis de la que apenas hoy estoy saliendo” (Blair, 2012, p. 3). El problema no es ocasionado de modo exclusivo por los sistemas de producción científica de tipo social en Colombia. El punto de discusión de Blair es el de las posibles modificaciones sociales a las que debería llevar como consecuencia nacional el cúmulo de investigaciones sociales cuyo tema ha sido la violencia y el conflicto. En sus palabras:

¿Dónde está o cómo puede explicarse la poca transformación de las condiciones de violencia después de tanto trabajo en esa dirección? Más de 30 años de trabajo en el tema en el país y... qué ha cambiado de la violencia?  
¿Para qué sirve lo que durante tantos años hemos estado haciendo? (P. 3).

Por supuesto, este cuestionamiento, polémico como es, no lleva la implicación de la falta de importancia de las Ciencias Sociales en Colombia; si Blair se propone algo es justamente su fortalecimiento, pero sí supone un esfuerzo por determinar la construcción de las ciencias sociales en Colombia, por auscultar su historia y su epistemología en el país, por su surgimiento, por los modos de concepción del conocimiento y los intereses que les sirven de trasfondo. Blair señala que los estudios en este sector específico son más bien escasos. Diríamos, pues, que un ejercicio fundamental para los científicos sociales colombianos es el examen epistemológico de sus propias ciencias; esto es: el deber ético de acudir a un examen minucioso de sus fundamentos y con esa base, una revisión crítica de sus actuaciones. Podría decirse, un examen de su ética a partir del *ethos* de las investigaciones sobre ellas mismas.

En particular, Blair supone que las ciencias sociales han producido una gran variedad de discursos de modo acrítico. Los modelos en los que han basado dichas producciones han sido herederos de tendencias epistemológicas eurocéntricas, y luego norteamericanas. Urge, por tanto, un pensamiento crítico que de tales producciones para explicar su escasa incidencia en los problemas generados socialmente por el conflicto colombiano. Necesariamente, el peso ético por la transformación del conflicto cae sobre los hombros de las Ciencias Sociales y ellas no deberían permanecer satisfechas con la situación actual de sus producciones.

Ahora bien, si se trata de un cuestionamiento profundo al soporte epistemológico de las Ciencias Sociales, entonces está implicado el estatuto particular sobre el cual se soportan las creencias que componen sus teorías. Se trata, en consecuencia, de un examen, no sólo de los avatares históricos que han determinado la aparición de los discursos científicos que han emergido desde el sustrato investigativo de las Ciencias Sociales; se trata de una revisión de las condiciones de verdad y de justificación de las afirmaciones que componen su estructura teórica.

En efecto, se debe dirigir la atención a la posibilidad de resolución de un cuestionamiento riguroso en torno a la cientificidad de los supuestos sobre los cuales se edifican ciertos discursos en torno a lo humano. Definir como científica o no una creencia supone una definición precisa de aquello que en un contexto determinado se va a definir como conocimiento. Rossel (2008, p. 55) propone, justamente, que un problema central de la Epistemología es establecer esa definición. Parte de la afirmación clásica de Platón en el *Teeto* para proponer una mirada plausible al respecto: “creencia verdadera y justificada”. Los esfuerzos epistemológicos, por tanto, apuntan a definir, tal cual se propuso anteriormente, las condiciones sobre las cuales es lícito suponer que una creencia es cierta y que su estructura lógica cuenta con la justificación adecuada.

De acuerdo al cumplimiento de ambos requisitos, será posible afirmar la cientificidad de una teoría o un discurso. Finalmente, se trata de los contornos con los cuales se marca el territorio de saberes humanos que se separan de la *doxa*, opinión, y se transforman en verosímiles, confiables. Por supuesto, Kuhn mostrará la importancia del peso de los paradigmas y, en consecuencia, el horizonte histórico que relativiza lo que un momento histórico determina como verdad. Sin embargo, podemos decir que, en la particularidad del momento histórico en el que hoy se incertan las Ciencias Sociales, hay algunas características que determinan la cientificidad del saber. Para Bunge (2003), la objetividad, a saber, la eliminación de toda ingerencia afectiva o subjetiva en el conocimiento, es uno de los elementos fundamentales para lograr una definición de todo conocimiento de carácter científico.

Objetivo querría decir que la relación sujeto-objeto, que conforma el soporte de todo el ejercicio de conocimiento humano, puede permitir que el sujeto encuentre las características “puras” del objeto, que la representación que hará en su intelecto de éste será, sino totalmente, al menos bastante cercana a lo que la realidad del objeto constituye en cuanto tal. Toda posibilidad de construcción subjetiva, de ingerencia ideológica o cultural queda descartada. La limpieza del método científico garantizaría tal condición.

No es objetivo de este texto llegar a una crítica de la pertinencia de una búsqueda con tales características en las Ciencias Naturales, pero sí el señalamiento del soporte sobre el cual se fundamenta una demanda que no ha dejado de penetrar en los círculos humanistas del mundo y que parece empujar a las Ciencias Humanas en una mimesis, no poco sospechosa, de esa búsqueda pulcra por la objetividad, por la cientificidad unívocamente definida.

Como resultado, si se puede dar por sentado que no hay ciencia sin valores, valga decir, sin ideología, es probable argumentar que la necesidad no es buscar la objetividad, pues no existe un nivel de higiene mental que nos libere de la condición subjetiva; se trata de analizar profundamente los valores, los juicios, la ideología que atraviesa el discurso científico social, pasarlos por el tamiz

implacable de la realidad nacional, por la racionalidad crítica del investigador y, finalmente, jugar a favor del discurso más confiable. Esa situación lleva a la necesidad intrínseca de una dialéctica científica cuyo epicentro no es otro que las antítesis a las que la complejidad social somete permanentemente a la ciencia y a los académicos.

Cuando se propone la criticidad como alternativa frente a lo que se ha denominado la crisis de las Ciencias Sociales, se propone una ética de la mirada del investigador. Una mirada que es capaz de hacer un recorrido permanentemente desde sí misma hacia la realidad y viceversa. Un movimiento pendular en el que las valoraciones científicas son sometidas permanentemente a una revisión.

Es ante todo una actitud filosófica, un razonar permanente propuesto por Foucault, cuando analiza la línea histórica que lleva de la ilustración kantiana a un *ethos* particular en los siguientes términos:

Esa interrogante sobre las relaciones entre Aufklärung y Crítica va a tomar, de manera legítima, la postura de una desconfianza o, en todo caso, de una interrogación cada vez más suspicaz. Interrogante que se resume en esta pregunta: ¿De cuáles excesos de poder, de cuál gubernamentalización (cada vez más amplia e inaprehensible en cuanto se justifica tomando como base una cierta razón) no es esa misma razón históricamente responsable? (Foucault, 1995).

Es una desconfianza de la cual es también objeto la razón, que no se ejecuta como sospecha a ciertos organismos precisos, a ciudadanos concretos, a mecanismos puntuales, sino, al saber mismo, a las maneras con las que se organiza el conocimiento del mundo. En ese sentido, una actitud crítica que se puede dirigir a las ciencias sociales con el fin de responsabilizarlas por los mismos giros con los que ha tejido su episteme.

Pero, una propuesta como esta tiene una implicación bastante notoria: la de cuestionar los métodos de investigación utilizados. En una teoría del conocimiento no sólo de habla del conocimiento en general, sino de los métodos que son utilizados para llegar a él. Si es necesaria una revisión epistemológica de las Ciencias Sociales y de su producción sobre el conflicto armado colombiano, también habría que cuestionarse por los métodos que son utilizados para todo el acervo conceptual con el que se supone se está formulando un conocimiento científicamente válido al respecto. Y, una vez aceptada la premisa de Blair, según la cual es necesaria una posición crítica, y una vez se ha entendido el reto de Foucault, la pregunta es: ¿Cuál es la metodología de una aproximación científica crítica al conflicto armado? Ya se ha señalado, además, que se trataría de una aproximación que tendría una serie de valoraciones que en modo algunos serían señaladas de objetivas. Incluso, es necesario afirmar que la **neutralidad**, entendida como una posición en la que las Ciencias Sociales no tomarían ningún partido, es un imposible; de hecho, una búsqueda irresponsable. Esta posición complejiza más a situación:

¿por cuál modelo de hacer ciencia se inclinan las Ciencias Humanas Críticas, por cuál definición de saber, por cuál posición frente al conflicto, por cuales propuestas de intervención, modelos de desarrollo, metodologías de la investigación?

Pero, también vale la pena interrogar por los goznes ideológicos sobre las que una Ciencias Crítica giraría, de asumir esa posición militante. Y el interrogante apunta a la posibilidad de producción de un conocimiento válido a partir de tal tipo de ciencia. Esa posición supondría dos peligros claros, a saber: constituir una ciencia que sea instrumento de ideologías, que por ser contestatarias de entrada se suponen válidas, y sustraerse del campo epistemológico de las ciencias mundiales sin preocuparse por criterios de validación. En ese sentido, un imperio de la crítica, como teoría de la negatividad y la materialidad, no deja de ser un imperio. No debe perderse de vista que en la ciencia se trata de producir conocimiento, conocimiento diferente de la opinión.

No es necesario abogar por unas Ciencias neutrales, es imposible; pero, los valores a los cuales se apega son los que hacen falta para acercarse a una idea discutida y analizada de verdad. La Ciencia no es militante de otra cosa, y en eso no hay distingo de exactitud, de explicación o de comprensión. A esa búsqueda se supeditan los métodos y las técnicas de investigación; el problema no es que los métodos de las Ciencias Sociales sean de origen americano o europeo, sino el de la validez de esos métodos: si son válidos para generar un saber cercano a la verosimilitud, entonces no hay por qué no emplearlos.

## Referencias

- Blair, E. (18 de julio de 2012). *Las Ciencias Sociales*. Recuperado el 14 de Septiembre de 2012, de Página Web Universidad de Antioquia: <http://www.udea.edu.co/portal/page/portal/BibliotecaInvestigacion/InformacionGeneral/utilidades/documentos/Jornada-academica-ciencias-sociales.pdf>
- Bunge, M. (2003). *La Ciencia, su método y su filosofía*. Buenos Aires: Panamericana.
- Foucault, M. (1995). Crítica y Aufklärung [“Qu’est-ce que la critique?”]. *Revista de Filosofía-ULA*, 1-18.
- Harvey, D. (2012). Population, Resources, and the ideology of science. *Economic Geography*, 256-277.
- Rossell, S. (2008). La epistemología contemporánea: entre Filosofía y Psicología. *Límite*, 53-76.